



Dirāsāt Hispānicas n.º 4 - 2017: 217-226
e-ISSN: 2286-5977

Dos poéticas de la verdad en el nuevo siglo: Daniel Izquierdo Clavero y Ana Martínez Mongay

Two Poetics of Truth in the New Century: Daniel Izquierdo Clavero and Ana Martínez Mongay

Antonio PÉREZ LASHERAS

Universidad de Zaragoza, España

Resumen: En este artículo se plantea el análisis de dos propuestas poéticas del siglo XXI muy diferentes. Por un lado, tenemos a Daniel Izquierdo Clavero, con una poética introspectiva, directa, que enfrenta al poeta y a la palabra con la muerte. Por otro lado, Ana Martínez Mongay recrea el disfrute de una vida basada en los pequeños goces diarios. Estamos ante dos miradas diferentes, casi contrapuestas, que se abren paso en el panorama poético nacional.

Palabras clave: poesía; siglo XXI; Daniel Izquierdo Clavero; Ana Martínez Mongay.

Abstract: This article analyses two very different poetic proposals on the XXI century. On one hand, we have Daniel Izquierdo Clavero, with a very introspective, direct poetic, which faces the poet and the word against death. On the other hand, Ana Martínez Mongay recreates the joy of a life based on the little daily pleasures. We are face to face to two very different looks, almost opposing each other, that break into the poetic landscape.

Keywords: Poetry; 21st Century; Daniel Izquierdo Clavero; Ana Martínez Mongay.



Este trabajo se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial 4.0 Internacional.

Infatigable cuestionamiento, la inquietud por definir la poesía es tan antigua como su práctica misma. Ya en el Libro X de *La República* Platón inauguró con su cuestionamiento a Homero el debate sobre la definición de poesía, su forma y función. Aristóteles, quien continuó la discusión en su *Poética*, le adjudicó a la poesía la superioridad de un saber más específico que el de la Historia. Desde entonces esta ha seguido tropezando con muchos otros calificativos: lo sublime, lo profano y lo rebelde, entre otros tantos.

Precisamente porque esta pregunta no sabe agotarse nos quedan muchos ejemplos del modo en que los poetas han querido explicar la poesía. Sus frases no son definiciones absolutas sino una forma de poner de manifiesto la devoción a un misterio compartido.

Andrea Cote Botero

Quiero presentar en este breve trabajo dos pequeñas muestras de la poética (carente, lógicamente, todavía de estudios críticos con una mínima solvencia y en constante formación) del recién estrenado milenio: el quehacer poético de dos autores poco conocidos, pero que están y han estado muy vinculados a la poesía, aunque nunca han tenido prisa por dar a conocer sus escritos o por publicar en forma de libro, por lo que sus primeras obras han aparecido en plena madurez. Ambos han dedicado su vida a la enseñanza (en sus diferentes aspectos) y presentan poéticas distintas, aunque no distantes. En un mundo plural, bueno es encontrar miradas dispares, aunque siempre complementarias. Dos poetas que han tratado en todo momento de transmitir la verdad, su verdad, la única que, en pura lógica, pueden y deben transmitir.

Verdad y poesía, poesía y verdad, son viejos sintagmas que han dado lugar a sesudas obras de poetas y filósofos, de filósofos y poetas, trazando una relación que ha sido interpretada de maneras muy distintas. Desde Goethe (1999)¹ al conde de Lautréamont (2001)², desde Paul Éluard (1942)³ a Federico García Lorca⁴, pasando por el gran Paul Valéry (Stanguennec, 1998: 11-27) son muchos los crea-

¹ Esta obra constituye, en realidad, unas memorias autobiográficas, que cobran un sentido literario desde el momento en que su autor busca dar sentido a su vida, presidida por un espíritu superior y un destino marcado. Así, define el objetivo de la obra como “representar al hombre en las circunstancias de su época y mostrar en qué medida se resiste a ellas, en qué medida lo favorecen, cómo a partir de ellas se ha formado una visión del mundo y de los hombres y cómo, si se trata de un artista, poeta o escritor, ha proyectado esta visión al exterior” (Goethe, 1999: 7).

² Con el título de *Poésies* incluyó Isidore Lucien Ducasse, conde de Lautréamont, una serie de reflexiones sobre la poesía (en español, lo publicó con el título de *Poesías* la editorial sevillana Renacimiento en 2001).

³ En *Poésie et vérité*, libro que corresponde a su etapa comunista.

⁴ Fue un tema que obsesionó durante mucho tiempo a Federico García Lorca, como reflejan sonetos como “El poeta siempre dice la verdad”, aunque sea de tema amoroso. El caso es que para Lorca el poeta es un ser dotado de una escasa capacidad de ser sincero (frente a otros poetas, como Pessoa).

dores que se han preguntado por el carácter ético de la creación poética, por su “verdad”.

Siempre me ha llamado la atención esta relación, porque, desde Aristóteles (que, rizando el rizo, llegó a decir que “en la poesía hay más verdad que en la historia”), la gran diferencia entre la poesía (la literatura) y la historia se encuentra en que esta última debía ocuparse de la verdad (“las cosas como sucedieron”), mientras que la primera tenía como objeto la ficción (“las cosas como podrían haber ocurrido”, “como me gustaría que ocurrieran”, etc.), dando, por lo tanto, entrada a la ficción en la creación o recreación de la realidad en la literatura. En último término, la verdad de la historia se opondría a la verosimilitud de la literatura (o la inducción de verdad), como bien sabía Miguel de Cervantes, que hizo de esta máxima toda una poética (aunque sea poética narrativa). Luis de Góngora, en la poesía, hizo de este principio también uno de los sustentos esenciales de su poética, al exigir a la poesía una mayor capacidad de invención (tanto en el lenguaje como en los temas).

Desde mi modesto punto de vista, sería más adecuado hablar, en literatura (y sobre todo en poesía), de autenticidad, que vendría a suponer la existencia de una coherencia, de un no rechinar o no contradecirse (como quería Cervantes), entre la vida y la poesía. Pero me estoy alejando del objeto de estas líneas con pláticas de maestro viejo.

Gran parte de la poesía de verdad (o, mejor dicho, de la poesía de la verdad o poesía auténtica —esa que no es impostura ni mero protocolo más o menos aprendido, como nos enseñó en la española Gustavo Adolfo Bécquer, frente a la poesía ampulosa, llena de palabras altisonantes que dicen poco y significan menos—) se construye desde el otro lado, desde ese más allá en el que el acá, el instante, lo vivido, se convierte en anécdota y duele menos —véase, por ejemplo, el poema “Lucía” de Martínez Mongay (2015: 38)—.

Algo cercano o parecido al *Dasein* del filósofo alemán Martin Heidegger, esa manera propia del existir humano (“estar en el mundo”, “estar actuando pero con conciencia”). Por eso, vivir es desandar el camino y reconstruirlo. De ahí, la necesidad del poema, que revive la vida doblemente, de forma íntima y más sentida.

Otra parte de esa poesía de verdad o auténtica se reescribe desde el descubrimiento, desde la mirada infinitamente inocente de quien alumbra y sombrea (*adumbra*, nos dice Daniel Izquierdo con verbo plástico de indudable belleza)⁵ los minutos vividos, como quien pretende retenerlos en la memoria y revivirlos en las palabras. Es otra forma de concebir la creación, otra mirada, diferente pero complementaria de la anterior.

⁵ La cita completa dice así: “Adumbrar los minutos. Buscar ese verbo en más de un diccionario. Detenerse en cada soplo de la definición. Querer gritarla a los cuatro, cinco, cien mil vientos que sin dudarlo, existen”, “Copas con Cioran y John Berger *En el café de la juventud perdida* de Modiano” (Martínez Mongay, 2015: 65).

1. Poesía de verdad: la palabra insondable de Daniel Izquierdo Clavero

La poesía es el sentimiento que le sobra al corazón y te sale por la mano.

Carmen Conde

Daniel Izquierdo Clavero (Barcelona, 1975) publicó en 2005 *El alféizar del tiempo* y en 2016 *Las cicatrices invisibles*. Ha estudiado Psicopedagogía y Magisterio y ha ejercido como maestro hasta que fue retirado en 2016 a causa de una enfermedad degenerativa; ha proyectado realizar una tesis doctoral sobre aspectos pedagógicos en Antonio Machado. Su poesía se caracteriza por una honda reflexión sobre el lenguaje, además de por una peculiar mirada sobre la vida y sus avatares; la especial circunstancia de convivir a diario con la muerte (debido a su enfermedad) hace que sus versos se muestren como despiadados de tan sinceros, de tan verdaderos.

El libro al que nos vamos a referir es su segundo poemario, *Las cicatrices invisibles* (2016), una mezcla de textos en prosa y en verso que destilan una vida que convive a diario con la muerte. La perspectiva desde la que se nos describe es absolutamente diferente a la mirada habitual a la que estamos acostumbrados: es la mirada del que sabe que se está yendo, como un condenado, del que vuelve la mirada atrás para saludar, trémulo, a la vida, pero descrita desde la muerte en el poema "Navegación":

Los amigos esperan
el puerto de una esquila,
para anclar tu recuerdo,
expandir sus velas,
fijar tu olvido en su bitácora
y decirte adiós.
(Izquierdo, 2016: 74)

Las dos maneras de concebir la poesía que mencionábamos anteriormente se encuentran y se superponen en estas *Cicatrices* de Dani Izquierdo Clavero, que, como rememora el primer sustantivo del título de su segundo poemario, resultan huellas de una herida antigua pero presente, vestigios del dolor, sombras de un yo que convive con la muerte y hace de ella no un fin, sino el propio destino. Porque, como nos recuerda Conrad Vilanou (2016: 7) en el prólogo al libro que lleva el título de "A modo de prefacio. *La vida es una enfermedad rara*": "Quien le conoce sabe de sus circunstancias personales y que su vida se explica más por el fin, por el *telos*, que no por el principio, por el *protos*".

Es cierto que la poesía, la buena poesía, no se justifica por el autor que la escribe ni por las circunstancias en que lo hace y que la justifican: se sostiene ella sola o se derrumba, pero también es verdad que uno entiende mejor ciertas cosas cuando sabe quién las escribió y en qué contexto lo hizo, porque todos somos hijos de nuestro tiempo y de nuestras circunstancias, aunque seamos hijos bastardos.

Porque el dolor es, en gran medida, el motor de estos versos: dolor de la existencia, dolor del mundo, dolor de la propia (y muy consciente) inanidad y limitación de todo ser humano, especialmente de un yo que se muere en lo vivido y renace en sus versos, en la recreación de la vida a través de la palabra. Recordemos a algunos poetas que han hecho del dolor la esencia de su poesía: Ildefonso Manuel Gil tituló uno de sus poemarios *Poemas del dolor antiguo* (1945); Carlos-Edmundo de Ory y Antonio Gamoneda han hecho, en gran medida, del dolor el motor de su poética.

Muchos poemas de estas *Cicatrices invisibles* se dirigen a un destinatario interno reflejado en un *tú* concreto, que no es sino el desdoblamiento del propio yo. Un desdoblamiento que hace al narrador de los versos ver la vida como si fuera ajena, adivinar y proyectar sus propias ilusiones, sus esperanzas, pero también sus premoniciones, su propia visión descarnada y transida de dolor de la existencia:

Sostendrás mis silencios, irremediabilmente;
un sobre vacío, un dolor milenario
y al volver la mirada, tantas noches ausente,
abrirá los postigos de tu ser solitario.
(Izquierdo, 2016: 77)

Y es que en la poesía de Dani Izquierdo se produce un desdoblamiento constante entre el yo que escribe y el yo que vive. La parte intelectual y la parte material. El yo que piensa, siente, ama y se devana y deslíe en cada una de las madejas que compone un nuevo día frente al yo limitado por no se sabe qué misterios de la vida, por una alteración, por una rara enfermedad de la que apenas nada se sabe y en la que poco se investiga, como en “La canción del suicida”:

Y no quiero morirme, o sí, eso qué importa,
dejando un grumo amargo en los amigos,
un acantilado en mis papeles viejos,
unos padres rotos, una hermana rota,
un beso sin dar, un desprecio alado.
(*ibid.*: 47)

El caso es que los versos de estas *cicatrices* se desvelan y se enredan en metáforas brillantes, en asociaciones impensadas. Hay un sustrato de técnica surreal, de correlaciones automáticas, de fluir libre de conciencia que dota al estilo de estas *Cicatrices invisibles* de una deslumbrante claridad expositiva. Pero el poeta paladea las palabras, las tensa hasta verter en ellas su desesperación y la arritmia de la vida, de su vida, tanto de la limitada por su enfermedad como de la soñada poéticamente desde “lo que podría ser” o “lo que me gustaría que hubiera sido”.

Es, en buena parte, técnica, evidentemente, sometida al control de una mente muy lógica que sabe que hay sentimientos que no se pueden explicar si no es con la sinrazón de una palabra desbocada, con la dislocación de la sintaxis, con una mínima alteración de la significación común de las voces. Porque el dolor no se describe, se chilla, se vomita, se escupe y con él se esculpe en las palabras la forma del tiempo que huye, que fluye (como si fuera la vida misma) la cara de la muerte, que, como bien sabe Dani Izquierdo, “tendrá sus ojos”.

Vida y poesía, poesía y vida: “Mi poesía también es una rara enfermedad”, “La vida es una enfermedad rara... La vida” (*ibid.*: 80-81). el binomio tendrá sentido en la palabra petrificada, donde la vida y la poesía se aúnan para dar sentido a una y a otra. Porque, “un poema, cualquier poema, es solo una fotografía desintegrada en flashes, anamorfosis, palabras” (“Copas con Ciorán...”, *ibid.*: 63).

“La poesía es un arado adosado a los días”, nos dice el poeta (*ibid.*: 65). Como el arado destruye lo anteriormente fabricado (o improvisado por la propia naturaleza: *ars versus natura*) y construye algo nuevo; renueva la tierra, la alimenta: “Entre la muerte y la vida, los poetas, reaniman las palabras. En plena intersección, asisten a los hombres. Nos desandan” (*ibid.*: 66).

No hay nada peor en una obra de arte que nos deje indiferentes, que no altere lo más mínimo de nuestro ser. Al arte le pedimos que nos sacuda, que nos provoque, que nos convierta en algo diferente. La lectura de estos versos de Daniel Izquierdo duele, inquieta, hace derramar alguna lágrima (aunque se esconda en el fondo del ojo entre los más fuertes, como quería Goethe para el verdadero humor, el humor moderno), conmueve y hace sentir el temblor de la belleza y de la vida, porque no es otro el fin de la poesía.

Temblor, emoción, dolor y rabia contenidos, gran belleza en las imágenes, un punto de vista desautomatizado de la realidad más cotidiana (de los acontecimientos más cercanos, por ejemplo, de las noticias aparecidas en los medios de comunicación que conforman nuestra propia visión de la realidad), revelación de lo que podría haber sido frente a lo que realmente es, ensoñación de una vida vivida entre las cuatro paredes de la memoria, recreación de una normalidad que el destino se negó a proporcionar a una mente lúcida, límpida, transparente, curiosa y osada, como muestran los versos de este aragonés barcelonés, con alma turoloense, que es Daniel Izquierdo Clavero.

Podemos verlo en estos versos del poema “La duda” que serían tan del gusto de Joaquín Sabina:

Y el niño se hizo adulto, aragonés,
 apátrida, poeta, adolescente,
 quiasmo, jitangárora. Español a horas muertas,
 profesor a horas vivas, catalán
 en los ratos que abre la intempérie
 o su herida expatriada.

Y el niño se hizo duda, sintagma, predicado,
 feligrés sin parroquia, verbo irregular,
 micrófono en la noche, enuresis diurna,
 ciudadano sin mundo, océano sin sal.

Y el niño se hizo añicos y el añico, palabra y
 dentro de una duda, gateó junto al mar.
 (*ibid.*: 74)

2. De lo minúsculo a la visión del mundo: la poética de Ana Martínez Mongay

La poesía tal vez se realza cantando cosas humildes.

Miguel de Cervantes

Ana Martínez Mongay es filóloga, licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza, ciudad en la que nació en 1964, y lleva ya más de la mitad de su vida en Pamplona, donde ha ejercido como profesora de Lengua y Literatura y, actualmente, como inspectora de Educación.

La autora, como podemos observar, accede a la publicación de este su primer libro desde la madurez creadora. Ha escrito desde hace tiempo e, incluso, ha publicado y recitado poemas en muchas ocasiones, pero esta es la primera vez que se atreve a configurar un libro de poemas, un poemario, y lo hace en la recién nacida editorial Los libros del gato negro.

De la breve biografía que hemos mencionado deducimos algunos de los rasgos que van a estar muy presentes en este su primer poemario: la creencia en el valor (en los valores) de la palabra, la conciencia crítica del lenguaje, la trascendencia de la educación, el transcurso del tiempo (siempre he dicho que los profesores envejecemos dos años cada año, puesto que nuestros alumnos tienen la misma edad cada curso y nosotros un año más, con lo que el tiempo se ralentiza, se densifica y se duplica)... En fin, lo más cotidiano sometido al tamiz del recuerdo: la poeta canta aquello que le ha dejado una huella indeleble, aunque sea un acontecimiento absolutamente trivial. Lo cotidiano se desautomatiza de manera que pasa a formar parte de una vivencia personal irreplicable. Se hace objeto del poema. En este sentido, son varios los poemas que aluden a la docencia de la lengua —“Sujeto y predicado” (Martínez Mongay, 2015: 42); “Doble articulación” (*ibid.*: 46)— o hacen referencias a la manera de hablar de los estudiantes de secundaria, reflejando así su mundo, el mundo en el que se mueve la autora.

Todo esto trasciende a una poesía concebida como una manera de penetrar en el mundo y tratar de definirlo (un sistema de conocimiento y de comunicación a un mismo tiempo), sin buscar encontrar grandes verdades ni utilizar un lenguaje suntuoso: esta poesía explora y aflora la sencilla verdad de lo cotidiano, la leve sensación de sentirse vivo (de ahí el título), de gozar del presente sin mirar al futuro incierto. Y esta lección se torna universal: vivir el presente, en su propia levedad.

La poética que nos presenta Ana Martínez Mongay es, como se dice frecuentemente, minimalista: posa su mirada en las cosas pequeñas, cotidianas, y de ellas trata de extraer algunos datos, consecuencias, conclusiones que ayuden al yo (que no siempre debemos identificar con la autora, porque hay constante desdoblamiento, incluso un personaje denominado curiosamente Alter Ego, aunque, en último término, vendría a ser la propia evolución del yo que escribe, aunque sea con la aparición del yo del pasado) que camina entre estos versos; ayudarlo no a saber vivir, sino a vivir con otra conciencia, de otra manera, agra-

deciendo una sonrisa y disfrutando del resol del día de lluvia o del fresco airecillo en un día caluroso.

De alguna manera, podríamos decir que la autora piensa que las palabras no siempre designan la verdad de las cosas, sino que a veces la encubren y la traicionan. La poesía, por lo tanto, tiene una misión sagrada: descubrir (o descubrirte individualmente a cada uno de los lectores) la esencia de esas mismas cosas (de los recuerdos, de los sueños, de todo aquello que conforma la vida y que está por encima o por debajo de la propia realidad), reordenar esa materia vivida para hacerla más asumible, propia, querida y asimilada, sin nostalgia, sin dolor, aunque siempre quede un poso de melancolía, que no deja de ser placentero.

Desde el mismo título el libro nos muestra la autora la voluntad de fijarse en las cosas nimias, mínimas, en “esas pequeñas cosas”, como diría Joan Manuel Serrat en una de sus canciones, que conforman la continua cadena del vivir.

Y esto se confirma no solo en el texto que configura el poemario *de la levedad*, sino también en los paratextos que lo acompañan, desde el propio título a la dedicatoria, que resulta muy adecuada, consistiendo en unas palabras extraídas de un libro extraordinario, *Lenguaje y poesía*, de María Zambrano (2006: 34): “La poesía se aferra al instante y no admite la esperanza, el consuelo de la razón”.

Poesía, pues, del instante, que no mira al futuro, sino al presente. Y que, lógicamente, como en “Pequeños”, lleva implícita la exhortación horaciana al disfrute, al *carpe diem*:

(...) disfrutad, pues, de cada día,
y sabed
que no todas las rosas son de plástico.
(Martínez Mongay, 2015: 22)

aconseja a esos adolescentes a los que ha tenido que enfrentarse diariamente para llenar sus mentes de algo que no sea la frase frívola de una famosa o la progrullada de un futbolista.

El libro, como hemos apuntado, dispone de una serie de paratextos (textos que no son la obra en sí, pero que acompañan al texto central, que lo arrojan): desde ese título ya señalado, las dedicatorias (una propiamente dicha, a la memoria de sus padres, y la mencionada de María Zambrano como preámbulo del libro), un breve prólogo de Mariano Zaro (2015: 7), del que quiero destacar la alusión a lo que no está en la realidad, sino que tan solo se intuye, con lo que la referencia del poema se torna mucho más evanescente, difusa y comprende mucho más de eso que denominamos *realidad*:

En este espléndido primer libro de Martínez Mongay las cosas son lo que son y, también, lo que no son.(...) El texto surge leve en lo que dice y denso en lo que calla. (...)

De la levedad es una irrefutable invitación al lector que sucumbe a la llamada de lo que “no está ahí”, de lo que tan solo se intuye, lo que quizá recuerde (...).

Volvemos a Aristóteles y su perfecta y potente definición de la poesía como uso de la palabra con sugestivo poder de transformar la realidad, de ficcionar, de inventar, de mejorar la naturaleza.

La cita tiene más sentido si la comparamos con el último poema del libro, y que le da el título:

De la levedad
es la poesía
que no se aferra
al futuro
sino a un instante.
(Martínez Mongay, 2015: 53)

El otro paratexto al que aludíamos lo ha elegido la propia autora, es la cita de María Zambrano (2006: 34), que dice así:

La poesía se aferra al instante y no admite la esperanza, el consuelo de la razón. Al acercarnos a la razón y a la poesía en sus comienzos, en su aurora esplendente griega, aparecen con papeles contrarios a los que imaginamos. En los tiempos modernos, la desolación ha venido de la filosofía y el consuelo, de la poesía. Mas aquí vemos lo contrario, la poesía es la voz de la desesperación, de la melancolía y del amor a lo pasajero que no se quiere consolar de perderlo y de perderse. Por eso se embriaga. “Acerca mi copa, porque es mejor para mí estar tendido ebrio, que muerto”.

La filósofa malagueña hace referencia a la irracionalidad de la poesía frente a la lógica de la filosofía, de ahí que llegue a exclamar que “la poesía es el infierno”, porque nos enfrenta a nuestros peores demonios.

A partir de este momento, nos vamos a encontrar con una escritura cercana: la presencia de un tono coloquial en muchos de los poemas, dirigidos a un tú que, algunas veces, no se sabe si es real, un desdoblamiento del propio yo que enuncia el poema o ese tú es, precisamente el objeto del propio texto (como en el poema “Apología de la belleza”).

Estamos, evidentemente, ante un rasgo propio de nuestra época, la posmodernidad, en la que el sujeto lírico se desvanece, se desintegra, se disuelve en múltiples escenarios y figuras (Saldaña, 2009). Ana Martínez Mongay (2015: 53) juega, incluso, con alguno de los tópicos de este desdoblamiento y, si para Fernando Pessoa, el poeta es un fingidor, para esta autora será un sufridor (“Aquí vivió”). Y todo ello, expresado con un lenguaje cuidado, exquisito. No hay grandes palabras, ni rebuscadas expresiones, sino todo lo contrario: una búsqueda constante de la esencia de las cosas en su expresión más transparente, casi líquida.

En fin y para ir concluyendo. En el poemario encontramos recuerdos de la niñez, revisión del tiempo ido, horas en hospitales, ironía, humor, las sempiternas aulas, adolescentes, el silencio y el vacío, la soledad, la gramática, la música, el cine, la muerte, Marte y la Luna... En fin, la vida misma vivida desde la mirada ingenua que exige la capacidad de asombro necesaria para que surja el poema.

Bibliografía

- ÉLUARD, P. (1966) [1942]. "Poésie et vérité". En *Œuvres complètes*. París: Gallimard.
- GOETHE, J. W. von (1999). *Poesía y verdad: De mi vida*. Madrid: Alba.
- IZQUIERDO CLAVERO, D. (2005). *El alféizar del tiempo*. Madrid: Biblioteca Cuarto creciente.
- (2016). *Las cicatrices invisibles*. Zaragoza: Los libros del gato negro.
- LAUTRÉAMONT, conde de (2001). *Poesías*. Sevilla: Renacimiento.
- MARTÍNEZ MONGAY, A. (2015). *de la levedad*. Zaragoza: Los libros del gato negro.
- SALDAÑA, A. (2009). *No todo es superficie. Poesía española y posmodernidad*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- STANGUENNEC, A. (1998). "Fiction poétique et vérité morale chez Mallarmé". *Littérature*, 111, 11-27 [http://www.persee.fr/doc/litt_0047-4800_1998_num_111_3_2486].
- VILANOU, C. (2016). "A modo de prefacio: La vida es una enfermedad rara". En D. IZQUIERDO CLAVERO. *El alféizar del tiempo*. Madrid: Biblioteca Cuarto creciente, 7-13.
- ZAMBRANO, M.^a (2006). *Filosofía y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ZARO, M. (2015). "Prólogo". En A. MARTÍNEZ MONGAY. *de la levedad*. Zaragoza: Los libros del gato negro, 7-8.